

KURT VONNEGUT
Mire al pajarito



Mire al pajarito es una antología de cuentos de uno de los escritores más sólidos y originales de la narrativa norteamericana.

Recoge catorce piezas inéditas del famoso autor de *Mata-dero Cinco*, implacables relatos de este escritor incorregible, icono de la contracultura, eterno candidato al Nobel y un talento incomprendido por buena parte de la crítica de su época.

Un psiquiatra embaucador que se convierte en «asesor de homicidios» e inventa una trama original y cruel para sacarle rédito a las pulsiones de sus pacientes paranoicos; una familia que conoce las consecuencias de confiar sus secretos más íntimos a una mágica invención; un hombre atrapado en un mundo kafkiano después de enfrentarse al jefe de los bajos mundos que domina el hampa en un pueblo del estado de Nueva York; un par de inspectores de policía que investigan la extraña desaparición de varias viudas acaudaladas, y cuyo último rastro los lleva a la casa de un insólito personaje que practica terapias de hipnosis: toda una extraña y divertida galería de personajes estrafalarios que desvelan con agudo humor el lado sórdido y profundamente humano del *American way of life*.

Con el estilo sencillo y directo característico de Vonnegut, y acompañados de sus habituales dibujos en tinta, *Mire al pajarito* es un regalo inesperado para los lectores, que no contaban con la existencia de estos relatos que oscilan entre la ciencia ficción, el humor negro y la feroz crítica social. Todos ellos, sin excepción, con giros inquietantes e impredecibles que sorprenderán al lector.

«El Rey y la Reina del Universo», uno de los relatos con más matices en esta antología, ha sido catalogado como uno de los mejores cuentos de Vonnegut. Divertidos y extraños resultarán «Hola, Red», «Las hormigas petrificadas», o el cuento que da nombre al libro, «Mire al pajarito».

Como solía hacer Vonnegut con varias de sus obras, en esta edición los textos se acompañan con varios de sus dibujos, que reflejan sin lugar a dudas su sensibilidad y humor, muy acordes con su estilo de escritura.

«Esta nueva edición de los cuentos de Kurt Vonnegut es un valioso aporte a la biblioteca personal de los lectores y una delicia para sus seguidores, especialmente para aquellos que disfrutan de su peculiar estilo de escritura. Cada relato tiene el elemento sorpresa que sólo Vonnegut sabe conseguir».

The Guardian

«Es difícil saber por qué no se publicaron antes estos relatos. Son refinados, despiadadamente divertidos de leer, y hasta el último de ellos llega a un final impecable y gratificante».

Dave Eggers, *The New York Times*





Alplaus (Nueva York)
1 de febrero de 1951

Querido Miller:

He estado pensando, aunque de forma vaga, en algo que quiero añadir a la carta que te envié recientemente. Se trata de la cuestión sobre la escuela: escuela de pintura, escuela de poesía, escuela de música, escuela de literatura.

Durante un par de años, después de la guerra, fui estudiante de postgrado en el Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago; a instancias de un profesor brillante y neurótico llamado Slotkin, me interesé por el concepto de escuela (explicaré lo que quiero decir en un momento) y decidí dedicarle mi tesis. Ya había escrito alrededor de 40 páginas, basadas en la escuela cubista de París, cuando desde la facultad se me informó de que sería mejor que eligiera algo más antropológico. Sugirieron con bastante firmeza, y con la abstención de Slotkin, que me interesara por la danza india de los espíritus de 1894; poco después, me quedé sin dinero y firmé con G.E., de manera que el asunto de la danza de los espíritus no llegó a superar la fase de tomar notas (aunque era condenadamente interesante).

Sin embargo, la idea de Slotkin sobre la importancia de la escuela siguió conmigo y ahora nos parece pertinente a ti, a mí, a Knox, a McQuade y a todos los demás cuya suerte literaria nos preocupa de manera personal. Slotkin decía lo siguiente: ningún hombre que haya alcanzado la grandeza en el arte actúa por sí mismo; es la cúspide de un grupo de personas de ideas afines. La afirmación funcionaba bien

con los cubistas, y Slotkin tenía gran cantidad de pruebas de peso sobre su aplicación en Goethe, Thoreau, Hemingway y casi cualquiera que te molestes en mencionar.

Aunque no fuera cierto al 100%, es tan cierto que resulta interesante... y tal vez útil.

La escuela, decía Slotkin, concede al hombre la cantidad fantástica de arrestos que se necesita para sumarse a la cultura; le da moral, espíritu de cuerpo, los recursos de muchas mentes y, lo que tal vez sea más importante, parcialidad con seguridad. (Mi informe sobre lo que Slotkin afirmaba hace cuatro años es bastante subjetivo, así que digamos que Vonnegut, un derivado de Slotkin, es quien lo dice). En cuanto al asunto de la parcialidad: Estoy convencido de que nadie consigue un carajo en las artes si se vuelve amablemente razonable, viendo todas las facetas de un problema y perdonando todos los pecados.

Slotkin también decía que las personas, en el mundo del arte, no pueden ser sino partícipes de alguna escuela, buena o mala. No sé a qué escuela perteneces tú; la mía se compone actualmente de Littauer and Wilkenson (mis agentes), Burger y nadie más. A falta de apoyo en alguna otra parte, escribo para ellos con nota alta y grandilocuencia hábil.

Llevo cinco semanas solo. He reescrito una novela corta y producido una ultracorta y un par de maravillas de 5.000. Algunas se venderán bien, probablemente. Hoy es domingo y surge la pregunta, ¿qué voy a hacer mañana? Ya conozco la respuesta, y también sé que es la respuesta equivocada. Empezaré algo para complacer a L and W Inc., Burger y —por favor, Dios— MGM.

La alternativa obvia es, por supuesto, algo que contente a *Atlantic*, *Harper's* o al *New Yorker*; para conseguirlo, tendría que ser algo al estilo de tal o cual, y tal vez podría hacerlo. He dicho tal vez. Significa atenerse a cualquiera de una docena de escuelas nacidas hace diez, veinte, treinta años. La clave estriba en gran parte en colar una falsifica-

ción meritoria. Y naturalmente, si apareces en *Atlantic*, *Harper's* o el *New Yorker*, por Dios que debes de ser un escritor, porque todo el mundo lo dice. Es una burda competencia por los cheques abultados de los guapos. A falta de algo más tentador, me quedo con el dinero.

Y ahora, después de haber dicho todo eso, ¿dónde estoy? En Alplaus, en Nueva York, supongo, deseando sacar un poco de fuego y confianza y originalidad y prejuicios frescos de algún sitio. Como Slotkin afirmaba, esas cosas son productos colectivos. No se trata de encontrar un mesías, sino un grupo creado por uno; un trabajo duro, que lleva su tiempo.

Si este tipo de cosas fueran a alguna parte (no en París, decía Tennessee Williams), me encantaría formar parte de ellas. Daría mi brazo derecho por tener entusiasmo. Dios sabe que hay mucho sobre lo que escribir; más ahora que nunca, ciertamente. Tú incumples, yo incumplo, todo el mundo incumple en mi opinión.

Si Slotkin está en lo cierto, puede que la muerte de la institución de la amistad sea la muerte de la innovación en el arte.

Esta carta es una gilipollez sentenciosa, llena de compasión por mí mismo. Pero es de la clase de cartas que los escritores parecen escribir; y puesto que he dejado G.E., si no soy un escritor, entonces no soy nada.

Saludos cordiales



Personalidad trasnochada





CONFIDO

El verano había muerto pacíficamente en su sueño, y el otoño, como albacea de voz suave, guardaba la vida a buen recaudo hasta que la primavera volviera a reclamarla. Al unísono de esa triste y dulce alegoría, exterior a la ventana de la cocina de su casita, se encontraba Ellen Bowers, quien a primera hora de la mañana preparaba el desayuno del martes a su marido, Henry. Henry estaba bailando, dándose palmadas y soltando gritos ahogados bajo una ducha fría, al otro lado de una pared magra.

Ellen era una mujer rubia y pequeña, de treinta y pocos años, claramente temperamental y brillante, aunque vestida con una bata sin gracia. Habría amado la vida en casi cualquier circunstancia, pero ahora la amaba con una emoción abrumadora que era como el amén vibrante del órgano de una iglesia, porque aquella mañana se podía decir a sí misma que su marido, además de ser bueno, sería pronto rico y famoso.

No lo esperaba, pocas veces había soñado con ello; se había contentado con las posesiones baratas y las aventurillas del espíritu, como pensar en el otoño, que no costaban nada. Henry no tendría éxito con el dinero. Eso era lo convenido.

Su esposo era un pensador que se daba fácilmente por satisfecho, un creador y remendón con una habilidad rayana en la magia en lo relativo a las máquinas y a los materiales; pero sus milagros siempre habían sido modestos en su empleo como ayudante de laboratorio de la Accousti-gem

Corporation, fabricante de audífonos. Aunque sus jefes lo estimaban, el salario que recibía de ellos no era grande. Ellen y Henry habían convenido amistosamente que un sueldo alto estaba probablemente fuera de lugar, puesto que el simple hecho de recibir dinero por hacer un poco de esto y de aquello ya era un honor y un lujo en sí mismo. Y ahí terminaba la cosa.

O ahí parecía terminar, meditó Ellen, porque en la mesa de la cocina descansaban una cajita de estaño, un cable y un auricular parecido a un audífono, una creación que, a su estilo moderno, era tan maravillosa como las cataratas del Niágara o la Esfinge. Henry la había fabricado en secreto durante las horas de comer y la había llevado a casa la noche anterior. Justo antes de acostarse, Ellen tuvo la inspiración de dar un nombre a la cajita, una combinación atractiva de confianza y animal doméstico, Confido.

—¿Qué es lo que verdaderamente desea todo el mundo, casi más que la comida? —preguntó tímidamente Henry, enseñándole a Confido por primera vez. Era un hombre alto y rústico, tan tímido en general como las criaturas del bosque; pero algo lo había cambiado y lo había vuelto apasionado y de voz fuerte—. ¿Qué es?

—¿La felicidad, Henry?

—¡La felicidad, desde luego! Pero ¿cuál es la llave de la felicidad?

—¿La religión? ¿La seguridad, Henry? ¿La salud, cariño?

—¿Cuál es el anhelo que ves en la calle, en los ojos de los desconocidos, en los ojos de cualquiera a quien mires?

—Dímelo tú, Henry. Me rindo —respondió Ellen, impotente.

—¡Alguien con quien hablar! ¡Alguien que verdaderamente los entienda! Eso es. —Henry agitó el Confido por encima de su cabeza—. ¡Y esto es eso!

Ahora, a la mañana siguiente, Ellen se alejó de la ventana y se introdujo cuidadosamente el auricular del Confido en la oreja; después, se prendió la cajita plana de metal en

el interior de la camisa y disimuló el cable por debajo del pelo. Un tañido muy suave, similar al zumbido de un mosquito, le llenó el oído.

Carraspeó con timidez, aunque no iba a hablar en voz alta, y pensó con parsimonia: «Qué agradable sorpresa eres, Confido».

—Tú, más que nadie, mereces un buen descanso, Ellen —le susurró Confido. La voz era metálica y aguda, como la de un niño a través de un peine con una lámina de papel—. Después de todo lo que has soportado, ya era hora de que algo medianamente agradable se cruzara en tu camino.

—Ooooooh —pensó Ellen con desdén—. Tampoco he soportado tanto. En realidad ha sido fácil y bastante placentero.

—En apariencia —puntualizó Confido—, pero has tenido que renunciar a mucho.

—Oh, supongo que...

—Vamos, vamos —dijo—. Te entiendo. De todas formas, esto queda entre nosotros. De vez en cuando conviene hablar abiertamente de estas cosas; es saludable. Vives en una casa asquerosa y diminuta que te ha dejado una marca profunda, y tú lo sabes, pobrecilla. Además, ninguna mujer puede evitar sentirse algo herida cuando su esposo no la quiere lo suficiente como para demostrar ambición. Si él supiera lo valiente que has sido, cuánto has fingido, siempre feliz...

—Bueno, a decir verdad... —objetó débilmente.

—Pobrecilla, ya era hora de que tuvieras tu oportunidad. Mejor tarde que nunca.

—Nunca me ha importado, en serio —insistió Ellen en sus pensamientos—. Al no estar atormentado por la ambición, Henry ha sido un hombre más feliz; y los maridos felices hacen esposas y niños felices.

—En cualquier caso, no hay mujer que no piense a veces que el amor de su marido se puede medir por su ambi-

ción —dijo Confido—. Oh, tu mereces esta olla de oro al final del arco iris.

—Estoy de acuerdo contigo —declaró Ellen.

—Y yo estoy de tu lado —afirmó Confido con afecto.

Henry entró resueltamente en la cocina, frotándose su cara curtida con una toalla tan áspera que se la dejó rosa brillante. Tras una noche de sueño seguía siendo el nuevo Henry, el promotor, el empresario, preparado para encararse a las estrellas por sus propias ligas.

—¡Estimados señores! —dijo con vehemencia—, por la presente les notifico que dentro de dos semanas, a partir de esta fecha, causaré baja como empleado de la Accoustigem Corporation para poder dedicarme a ciertos negocios e investigaciones de mi interés. Atentamente... —Henry abrazó a Ellen y la meció de un lado a otro entre sus grandes brazos—. ¡Ajajá! Te he pillado charlando con tu nuevo amigo, ¿verdad?

Ellen se ruborizó y apagó rápidamente a Confido.

—Es increíble, Henry, absolutamente espeluznante. Oye mis pensamientos y los contesta.

—¡Ya nadie tendrá que estar solo! —dijo Henry.

—A mí me parece magia.

—Todo en el universo es magia —declaró con grandiosidad—; Einstein sería el primero en decírtelo. Lo único que yo he hecho es tropezar con un truco que siempre estuvo esperando a que alguien lo ejecutara. Ha sido un accidente, como tantos descubrimientos, y el afortunado no es ni más ni menos que Henry Bowers.

Ellen aplaudió.

—¡Oh, Henry, algún día harán una película sobre esto!

—Y los rusos afirmarán que fueron los inventores —dijo entre risas—. Bueno, dejémosles. Seré generoso, dividiré el mercado con ellos. Me daré por satisfecho con la bagatela de mil millones de dólares por ventas en Estados Unidos.

—Vaya, vaya...

Ellen se había sumido en el placer de imaginar una película sobre su marido famoso, interpretada por un actor que se parecía muchísimo a Lincoln. Veía al hombre sin malicia y agradecido por su suerte, ligeramente avejentado, tarareando y trabajando en un micrófono minúsculo con el que esperaba poder calcular el más pequeño de los ruidos en el interior del oído humano. Al fondo, sus compañeros jugaban a las cartas y le tomaban el pelo por trabajar en horas de comida. Después, él se colocaba el micrófono en la oreja, lo conectaba a un amplificador y a un altavoz, y se quedaba pasmado con los primeros susurros de Confido sobre la Tierra:

—Aquí no llegaremos nunca a nada, Henry —decía el primer y primitivo Confido—. Los únicos que salen adelante en Accousti-gem son los tiralevitas y los artistas del engaño. Todos los días hay alguien que se lleva un aumento de sueldo por algo que hiciste tú. ¡Espabila, hombre! Eres diez veces más capaz que nadie en todo el laboratorio. No es justo.

A continuación, Henry conectaba el micrófono a un audífono en lugar de a un altavoz; lo fijaba en un auricular de tal manera que captaba la voz débil, fuera lo que fuera, y la reproducía con más potencia por el audífono. Y allí, en sus manos temblorosas, estaba Confido, el mejor amigo de todos, preparado para el mercado.

—Lo digo en serio —declaró el nuevo Henry a Ellen—. ¡La friolera de mil millones! El equivalente a una ganancia de seis dólares por Confido para todos los hombres, mujeres y niños de Estados Unidos.

—Ojalá supiéramos qué es esa voz. Da que pensar —Ellen sintió una inquietud fugaz.

Henry desestimó su preocupación y se sentó a comer.

—Es algo relacionado con la conexión entre el cerebro y el oído —dijo con la boca llena—. Hay tiempo de sobra para averiguarlo. Lo importante ahora es sacarlo al mercado y empezar a vivir en lugar de limitarnos a existir.